

Entrevista a Cristina Fallarás

Texto: EVA DÍAZ RIOBELLO
Fotografías: Fernando Clemot ©



Todo empezó en abril de 2018 con un hashtag: #Cuéntalo, con el que Cristina Fallarás animó a las mujeres a compartir en Twitter sus testimonios sobre la violencia sexual que habían sufrido. La respuesta fue abrumadora: más de tres millones de mujeres de España y Latinoamérica rompieron su silencio. La periodista y escritora hace balance de este fenómeno en su ensayo Ahora contamos nosotras (Nuevos Cuadernos Anagrama), donde desgrana los mecanismos que han impedido que esta realidad aflorase antes.

La publicación de tu ensayo sobre la violencia sexual contra las mujeres ha coincidido en el tiempo con la polémica sentencia contra los miembros de la *manada* de Manresa, a los que se ha condenado por abuso y no por agresión. ¿Cómo ves esta paradoja?

El problema es que esto es lo habitual. La excepción fue la sentencia contra la *manada* de San Fermín. Ahora esto nos sorprende porque la sentencia de Pamplona ocurrió antes, pero lo habitual es que se diga que una violación es un abuso y que a muchas de las víctimas probablemente ni siquiera se las tenga en cuenta en los juzgados.

Es curioso, porque la sentencia contra la *manada* de Pamplona tampoco satisfizo a la opinión pública.

No, pero finalmente se dio un paso y se pensó en la posibilidad de modificar el Código Penal. La cuestión es por qué no se modifica el Código Penal y la respuesta es que no se modifica porque no les da la gana. Es como preguntar: ¿por qué hay una brecha salarial? ¿Por qué las mujeres cobramos el diecisiete por ciento menos? Porque les da la gana, porque ningún Gobierno ha querido lo contrario, ni de hombres, ni de mujeres, ni de mediopensionistas. No ha habido cambios hacia una mejor vida de las mujeres —es decir, contra la violencia hacia las mujeres— porque no les ha dado la gana. Cualquier Gobierno podría haber dicho: «Una empresa que pague menos a la mujer que al hombre tiene una multa de equis millones de euros». Y se habría acabado.

Una dificultad radica en que muchas empresas no pagan menos a las mujeres, sino que esa brecha se manifiesta en retribuciones más subjetivas y menos controladas, como los bonus o los ascensos, que recaen mayoritariamente en hombres.

Todo es legislable: los bonus, las horas, las bajas, los ascensos... Si hemos conseguido que haya paridad en un lugar como el Congreso de los Diputados o en los partidos políticos, te aseguro que puede haber paridad en todas partes. Pero lo que pasa es que en los lugares donde de verdad se deciden el dinero y la ley no hay paridad, porque no les da la gana.

Dices que uno de los motivos de que se haya negado durante tanto tiempo la violencia machista es que la sociedad pública y los medios negaban a las agredidas un espacio para na-

rrarse. ¿Qué opinas de la cobertura que se está dando en la actualidad? ¿Qué cambios has notado?

Por lo pronto esta cobertura se da —antes no se daba— y se da porque la hemos pedido nosotras. Cada movilización sucede porque la provocamos nosotras en la red. Te recuerdo que hace apenas cinco años las asesinadas no existían, había un breve en una página de sucesos y ni siquiera en todos los casos, sólo si había dos o tres seguidas, que parecía que eran muchas. El problema no es si se le da o no cobertura, sino cuál es el retrato que se hace de la violencia, que siempre viene de cifras procedentes del Consejo General del Poder Judicial y de la Policía, dos organismos hechos para reprimir a la mujer. Jamás partiendo de esos mimbres podremos hacer algo serio. ¿Qué es la Ley de Violencia de Género de 2004? Una ley que se construye sobre eso. La cuestión es de dónde salen los datos. Por ejemplo: mañana asesinan a una mujer en esta calle. Tú puedes cubrir muy bien el asesinato y tratarlo de una manera muy seria, incluso política, pero ¿cuáles son los datos que vas a usar? «Este año (2019) llevamos cuarenta y tantas mujeres asesinadas por violencia de género». ¡No! Llevamos más del doble, pero los datos oficiales te dicen eso y oficialmente sólo se considera violencia de género a una mujer asesinada por su marido o su exmarido; si no, no; y si es puta, tampoco; y si es menor de edad, tampoco. El problema no es cómo se aborda este tema, sino el entorno institucional.

En tu libro hablas del papel del lenguaje como instrumento transformador de la realidad, en el sentido de que tiene un papel en la interrupción de los mecanismos de identificación de la violencia, al disfrazarlos con eufemismos. A tu juicio, ¿cómo se puede combatir un elemento tan inasible?

Ocupando los espacios de comunicación. De lo que se trata es de que ha habido una revolución comunicativa bestial, es decir: la revolución tecnológica es parecida a la revolución de la imprenta. Esta permitió popularizar el conocimiento, en el sentido de que podemos leer todo lo que se publica. Efectivamente, pero ¿quién decide lo que se publica? Ahora, sin embargo, podemos publicar, es decir, para publicar algo no necesitamos inversión de capital. Hemos cambiado el lenguaje, en este momento las mujeres funcionamos como fiscalizadoras del lenguaje. Si hoy *El País* publica una noticia que diga: «Una mujer muere asesinada...», son cientos

de miles las mujeres que protestan, por eso ya se cuidan mucho de no hacerlo. Entonces, ¿qué nos han dado las redes sociales? Un espacio comunicativo que nos permite modificar el lenguaje. Y si modificamos el lenguaje, modificamos la realidad.

Entonces tenemos que ocupar los espacios de comunicación.

Absolutamente. De hecho, los tenemos ocupados y lo que debemos hacer es defenderlos con uñas y dientes, porque querrán quitárnoslos.

En ese sentido, hablas de la importancia de priorizar la voz sobre la autoridad, es decir: derrocar la idea de que la validez de un testimonio la otorga el paso de la denuncia ante la autoridad. Pero, este paso, ¿no te preocupa que traiga consigo riesgos? Como, por ejemplo, los linchamientos a personajes públicos a raíz de una denuncia en Twitter que luego puede demostrar ser falsa.

No, no me importa en absoluto. El porcentaje es tan bestial que no me importa, es decir, es de 0,5 a dos millones. La base de lo que estamos hablando es el #Yosítecreo. El porcentaje de denuncias de mujeres que se demuestra que son falsas es ínfimo. Entonces cuando me dices «¿Y si...?», insisto: son muy pocas. ¿Por qué, siendo tan pocas, hablamos de denuncias falsas?

¿Porque conviene?

Claro, porque han creado la idea de denuncia falsa y es lo primero que hablamos, igual que cuando se asimila al colectivo feminista con el colectivo homosexual; no. No es comparable. Que yo sepa los homosexuales no cobran menos por ser homosexuales, no han sido reprimidos sólo por razones de sexo a lo largo de la historia de la humanidad. Los y las homosexuales tienen sus reivindicaciones propias, pero no son las nuestras. Igual que tampoco podemos asimilar el movimiento feminista con el antirracista. Yo no podría defender la causa negra porque no soy negra, en todo caso puedo solidarizarme, que es lo que digo en el libro. Tú puedes solidarizarte con una causa que te es ajena porque no te afecta; sin embargo, cuando hablamos de hombres y mujeres, sí puedes decir: la violencia machista no es cuestión nuestra, es cuestión vuestra.

Y aquí es donde entra esa conclusión tan incómoda que planteas en el libro, según la cual si

realmente no existe una implicación masculina en este problema es porque a los hombres...

...No les importa un pito, lo digo en serio. Los hombres nunca han montado una asociación con peso para manifestarse, no han convocado una manifestación, no han hecho una movida internacional ni nacional o ni siquiera autonómica, no los he visto salir a la calle a ellos solos. Lo único que hacen es decir: «Me solidarizo contigo» o «Yo me solidarizo con la causa de las mujeres». Yo una vez a un actor le dije: «Oye, solidarízate con tu puta madre». ¿Por qué? Porque tú no te solidarizas con algo que es tuyo. Te puedes solidarizar, por ejemplo, con la lucha de las mujeres negras, por ejemplo, porque sabes que no es tu problema, ni eres tú quien lo sufre. Pero en el caso de los hombres, sí son ellos quienes sufren la violencia machista, ellos son los criminales, entonces es su problema.

Pones de manifiesto que tiene que haber un cambio de mentalidad en el hombre, que consiste en reconocerse como protagonista de este problema.

Es una cuestión de gramática pura: «Una mujer es asesinada por un hombre». Esto pasa por ser una frase perfectamente estructurada según el canon feminista. No es verdad. ¿Cuál es el sujeto? Un hombre. ¿Cuál es el verbo? Asesina. ¿Cuál es el predicado? A una mujer. ¿Por qué seguimos poniendo a la asesinada como sujeto, usando una forma pasiva, cuando el sujeto es un hombre y el verbo es matar? No es «ser asesinada».

Entonces en ese enunciado hay un doble culpable: por un lado los medios y, por otro, el hombre.

Es lo mismo, los medios son machos, forman parte de la estructura patriarcal. No hay un solo medio de comunicación cuyo consejo de administración no esté formado absolutamente por hombres. Y en un medio de comunicación no manda el director o la directora, manda el consejo de administración. Entonces es lo mismo. El hombre —en el sentido abstracto innato— y los medios de comunicación son el mismo problema: el patriarcado.

¿Pero a dónde nos lleva esta conclusión?

A ti te interesa llegar a algún sitio y el problema es que las feministas nunca podemos llegar a algún sitio, porque nunca hemos estado en ningún sitio. Es decir: tú me estás buscando una solución macho.

¿Y cuál sería la solución hembra?

Ya la tenemos: vamos dando pasos. Hemos salido a la calle, se habla de nosotras —cosa que nunca ha pasado—, hemos dado pasos para que haya mujeres en puestos de organización, hemos conseguido que las editoriales publiquen casi el mismo número de hombres que de mujeres, que los premios ya no sean sólo de hombres, que los jurados no sean sólo masculinos. Hemos conseguido, sobre todo, que haya una narrativa hecha por mujeres y eso es muy importante. Me dices: ¿qué podemos hacer? Hemos hecho muchas cosas en muy poco tiempo. Lo que se pregunta una muchas veces es: ¿cuándo vamos a llegar a...? Y yo pregunto: ¿a dónde? Es que no vamos a llegar a ningún sitio, pero debemos dejar de pensar a dónde queremos llegar, porque es muy masculino, es una meta. Nosotras no tenemos una meta, una meta es algo que conoces y a lo que quieres llegar. Nosotras no conocemos nada, ninguna situación que nos haya sido propicia. Entonces, sólo podemos ir dando pasos, vamos andando. ¿A dónde? No tengo ni idea. Y probablemente no tenga fin.

En el libro explicas que todos los testimonios recogidos en Twitter a raíz del #Cuéntalo han sido archivados por dos expertos en archivística en el Centro Nacional de Supercomputación. ¿Cuál es el siguiente paso que se va a dar con este material?

El siguiente paso sería que los quisiera tener la Administración pública y modificar con ello el contenido sobre el que han trabajado, porque esto son testimonios directos de mujeres y lo otro son cifras del Consejo General del Poder Judicial y de la Policía. Yo hablé con la secretaria de Estado para la Violencia de Género y hablé con la delegada de Gobierno para la Violencia de Género, ambas del ejecutivo de Pedro Sánchez, y ninguna de las dos me admitió esos datos. Ahora los hemos dejado depositados en el Centro Nacional de Supercomputación porque es de titularidad pública y ahí permanecen para que alguien se quiera hacer cargo de ellos. Pero, claro, esto significa revisar todo lo que se ha hecho institucionalmente y eso es dar la vuelta a un estado de las cosas sobre el feminismo.

Así que de momento ni el Gobierno ni ningún partido político han dado un paso al frente.

No, nada. Ahí permanece y sigue creciendo. Por ejemplo las universidades sí se han interesado; en el mun-

do académico estos testimonios han tenido una buena recepción. En el mundo de lo práctico, no, y ese es otro problema que tenemos las mujeres. En el ámbito académico vamos abriendo ciertas brechas que resultan sorprendentes, pero son muy interesantes porque, como el ámbito académico no tiene que dar cuentas de la legislación, de lo institucional, sino que da cuentas de una asignatura propia, hay un montón de mujeres en todas las disciplinas, desde la física cuántica hasta la lingüística, que están denunciando que no hay espacio para las mujeres en las cátedras, en las becas de investigación, etcétera. Y a la vez, cuando sí hay espacio para ellas, lo que están aportando a lo que estudiamos es una visión del género. Por ejemplo, llega una mujer al estudio de la maternidad y dice: «Aquí hay violencia obstétrica», porque hemos hecho parir a las mujeres en una postura que sólo les va bien a los hombres, para comodidad del médico que está ahí, por las episiotomías, etcétera. Es algo omnipresente. Por eso, cuando hablamos de violencia contra las mujeres —del hecho de que una mujer haya sido forzada o haya sufrido algún tipo de agresión sexual, que es donde ponemos el centro—, no es tan importante. Porque todas las mujeres vivimos en un mundo agresivo contra nosotras en todos los sentidos, solamente porque nuestro cuerpo es diferente. Y sólo por el hecho de que tengas tetas y coño te va a pasar eso. Y aquí las trans me dirían: «Bueno, pero yo soy mujer con polla». Me parece estupendo, pero tú no has tenido coño cuando eras niña, ni han abusado de ti cuando eras niña, ni has tenido coño cuando eras adolescente, a ti no te han educado de otra manera porque eras niña, ni te han educado para que sirvas a los hombres, etcétera. Y tú tienes unos problemas a los que yo me uno y lucharé contigo. Ahora, ojo, es mi cuerpo quien me ha hecho como soy, el que ha hecho que sea agredida constantemente, que yo ande por la calle con otra seguridad o inseguridad, que viva con un miedo u otro miedo, o que tema unos peligros u otros.

Para terminar, ¿estás escribiendo algo actualmente?

Sí, estoy con dos libros a la vez: una novela muy extraña, que voy escribiendo a retazos, sobre la locura y, por otro lado, estoy escribiendo una novela que es la revisión de un personaje histórico muy bestia, una mujer que durante los últimos siglos ha modificado nuestra manera de mirarnos a nosotras mismas, pero no te puedo decir quién es.